REVISTA LITERARIA KATHARSIS

ROMANCERO DE LEOPOLDO LUGONES

Selección de Justo S. Alarcón

Digitalizado por Rosario Ramos
http:// www.revistakatharsis.org/

ÍNDICE

BIOGRAFÍA……4
PREFACIO……7
GAYA CIENCIA……8
LAS FATALES……9
LA APASIONADA……10
LA DAMA Y EL CABALLERO……10
EL ARROYITO……11
MARTIRIO……11
LA ULTIMA DICHA……12
LA PERFECTA……13
TROVA……13
MUCHACHAS……14
CHICAS DE OCTUBRE……14
TENIS……15
PERFIL……16
NEGRO Y BLANCO……17
LUNA LLENA……17
LA MUCHACHA FEA……17
OJOS NEGROS……19
TONTERIA……19
CHISME……20
FIGURIN……20
ROMANZAS A VANNA……21
LUNA PRIMAVERAL……21
EL LIRIO NEGRO……21
LA PASION……22
LA DICHA SUPREMA……22
LAS ESTRELLAS……22
SERENATA……23
MERECIMIENTO……23
LA ALAMEDA……24
EL JARDÍN……24
LOS DONES……24
TROVA……25
ADORACION……26
FIRMEZA……27
SECRETO……27
DESDEN……28
MENSAJE……28
TONADA……29
DESDICHA……29
EL BESO……30

PERFECCION……...33
LA PALMERA……...33
PRELUDIO……34
FATALIDAD……35
INTERMEZZO……..36
LA UNICA……..36
ENDECHA……37
COMPARACIÓN……...38
OFRENDA……39
ELEGIA CREPUSCULAR……39
NOCTURNO DE LAS CUATRO SOLEDADES……41
ADAGIO FAVORITO……...42
LAS TRES KASIDAS……43
KASIDA I……...43
KASIDA II……44
KASIDA III……44
ROMANCE DEL REY DE PERSIA……45
EL AUSENTE……56
ROMANCE DE LAS DOS HERMANAS……..58
TRANCE……60
LOS TRECE LIEDERS……..61
LIED DEL PAJARO Y LA MUERTE……...61
LIED DE LA ESTRELLA MARINA……61
LIED DEL TESORO ESCONDIDO……62
LIED DEL AMOR VERDADERO……...62
LIED DE LOS OJOS AMADOS……...62
LIED DE LAS MANOS AMIGAS……63
LIED DEL VIENTO Y DE LA FUENTE……63
LIED DE LA BOCA FLORIDA……64
LIED DE LA GRACIA TRIUNFANTE……...64
LIED DE LA CIENCIA DE AMAR……..65
LIED DEL MISTERIO GENTIL……..65
LIED DE LA ETERNA VENTURA……65
LIED DEI, SECRETO DICHOSO……...66
LOS TRES CANTICOS……66
EL CANTICO DE LA VIDA……66
EL CANTICO DE LA LUZ……...70
EL CANTICO DE LA DICHA……..77

BIOGRAFÍA

LUGONES, LEOPOLDO (1874-1934)

Poeta, ensayista y narrador argentino, nacido en Córdoba en 1874, y muerto en Tigre (cerca de Buenos Aires) el 18 de febrero de 1938. Su constante oscilación entre los extremos opuestos en cualquier ámbito de la vida (el político, el cultural, el literario, etc.) quedaron plasmados en la riqueza y variedad de su obra poética, considerada como una de las que más influyeron en las generaciones de poetas hispanoparlantes posteriores y, sin duda, una de las cotas cimeras del modernismo universal.

En su actividad profesional, Leopoldo Lugones desempeñó diferentes cargos como inspector de enseñanza normal y secundaria en su país natal, donde también se hizo cargo durante algún tiempo de la dirección del prestigioso suplemento literario del diario *La nación*, de Buenos Aires. Además, trabajó algunos años como bibliotecario del Consejo de Educación.

En su faceta política, se inició como un firme partidario de la ideología socialista, cuya introducción en Argentina se debe, en parte, a sus primeras soflamas políticas. Sin embargo, poco a poco fue retrocediendo hacia posturas más conservadoras: tras un breve período de

adscripción al pensamiento liberal, se inclinó decididamente hacia la derecha y acabó convertido en uno de los principales valedores del fascismo argentino, sobre todo a partir de 1924, fecha en la que proclamó que había llegado "*la hora de la espada*". Seis años después, ya consagrado como una de las cabezas pensantes del movimiento reaccionario austral, colaboró activamente con el golpe de estado militar del general José Félix Uriburu (6 de septiembre de 1930).

Como poeta, Leopoldo Lugones irrumpió en el panorama literario argentino con el poemario *Los mundos* (1893), que pasó prácticamente inadvertido. Sin embargo, cuatro años después sorprendió gratamente a críticos y lectores con una segunda entrega lírica titulada *Las montañas de oro* (1897), una combinación de versos (tanto libres como sujetos a la métrica tradicional) y prosas poéticas que enseguida fue catalogada como uno de los mejores poemarios de las Letras argentinas de finales del siglo XIX. Posteriormente, mantuvo y aun acrecentó este nivel con dos nuevas entregas que constituyen la culminación de su producción poética: *Los crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909). En ambos libros se respira una atmósfera refinada y decadente, plena de languidez y elegancia modernistas, dentro de una corriente estética claramente influida por la creación de Rubén Darío. En efecto, al igual que hiciera el gran vate nicaragüense, Leopoldo Lugones también viajó por Europa y residió durante un tiempo en París, donde se impregnó de las modas literarias del momento, marcadas por el legado de los poetas parnasianos y simbolistas.

Sin embargo, y a pesar de haberse convertido en una de las más destacadas figuras del modernismo universal con los tres últimos títulos citados, a partir de 1910 Leopoldo Lugones cambió de registro poético para centrarse en una exaltación de su tierra y sus gentes, que, inspirada en la poesía de Virgilio, vio la luz bajo el título de *Odas seculares* (1910). Posteriormente, los asuntos cotidianos, vistos al trasluz de una rutina íntima, se convirtieron en el objeto de su siguiente entrega poética, titulada *El libro fiel* (1912), obra a la que siguieron otros poemarios como *El libro de los paisajes* (1917), *Las horas doradas* (1922) y *Romancero* (1924). Al final de su trayectoria poética, Lugones se decantó por el cultivo de una poesía narrativa, plasmada en sus dos últimos libros: *Poemas solariegos* (1927) y *Romances del Río Seco* (que vio la luz, póstumamente, en 1938). En general, la poesía de Leopoldo Lugones está considerada como el mayor exponente del culteranismo literario de su época, lo que en parte explica el recelo con que fue vista su obra por parte de los escritores argentinos del grupo martinferrista.

En su faceta de narrador, Lugones sobresalió principalmente por sus relatos, recogidos en los títulos siguientes: *Las fuerzas extrañas* (1906), *La torre de Casandra* (1919), *Cuentos fatales* (1924) y *La patria fuerte* (1933). En muchas de estas narraciones breves, Lugones ensayó diferentes acercamientos fantásticos que pueden considerarse precursores de los mejores relatos de algunos de los más grandes cultivadores de este difícil género, como Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges (uno de los mayores admiradores de Lugones) y Julio Cortázar.

Además del género cuentístico, el Lugones narrador se adentró en el terreno de la narración extensa con dos novelas espléndidas: un relato histórico sobre la guerra de la independencia, titulado *La guerra gaucha* (1905), y unas meditaciones esotéricas que, en forma de novela teosófica, aparecieron bajo el título de *El ángel de la sombra* (1926). En la década de los años cuarenta, *La guerra gaucha* fue objeto de una versión cinematográfica que se convirtió

en uno de los principales referentes del cine argentino de su tiempo, tanto por su interés histórico-patriótico como por su perfecta elaboración, que dio lugar a varias secuelas revisadas y adaptadas a las técnicas más novedosas (versiones en color, sonoras, etc.).

También brilló Leopoldo Lugones en su condición de ensayista, faceta en la que dejó algunos títulos tan relevantes como *El imperio jesuítico* (1904), *Las limaduras de Hephaestos* (1910), *Historia de Sarmiento* (1911) y *El payador* (1916). Además, dejó testimonio impreso de las constantes mutaciones de su pensamiento político, plasmadas en *Mi beligerancia* y *La grande Argentina*.

Finalmente, resulta obligado destacar la importancia de Lugones como traductor de algunas de las obras cumbres de la literatura clásica grecolatina, entre las que sobresalen las dos partes de la *Iliada* de Homero. En este mismo terreno, y al margen del ensayo ya mencionado (*Las limaduras de Hephaestos*, 1910), publicó dos series de *Estudios helénicos*.

J. R. Fernández de Cano

(*Enciclonet)*

LEOPOLDO LUGONES

ROMANCERO
(1924)

PREFACIO

Lector, si de los rigores
De amar, tu pena sabía,
Oye, cantada en la mía,
La historia de tus amores.

Aun cuando sea mi historia
Lo que voy aquí a contarte,
Si logro hacerlo con arte
Será común nuestra gloria.

Pues todo aquel que bien ama,
Se afana en su propio empeño,
Como exalta el ser del leño
La claridad de su llama.

Que la encienda yo es bien poco,
Si es que en ambos se completa
Lo que haya en ti de poeta
Con lo que tengo de loco.

Soy, pues, digno de tu fe,
Y, aunque estoy tan malherido,
Todo cuanto he padecido,
Por no llorar lo canté.

GAYA CIENCIA

Dijo la dama al poeta:
-Habéis cantado tan bien
Al ruiseñor amoroso,
Que con dulce placidez,
En vuestros versos oía
Sus propias perlas caer.

-Señora-dijo el poeta-
Ruiseñor fui yo una vez.
-Habéis celebrado al lirio
Con tan noble sencillez
Y comprendido su gracia
Con un acierto tan fiel,
Que en vuestros versos parece
Duplicarse su esbeltez.
-Señora-dijo el poeta-,
Yo he sido lirio también.

-La pompa de los palacios.
La gallardía y la prez
De monarcas y princesas
Dar con tal brillo sabéis.
Que en vuestros versos el oro
Parece resplandecer.

El poeta le repuso:
-Señora, yo he sido rey.
-Dolores que habéis cantado,
Sin padecerlos tal vez,
Tan hondo el alma me hirieron,
Que sin comprender por qué,
Bajo el peso de la angustia
Me sentí palidecer.

-Señora-dijo el poeta-,
Yo fui aquella palidez.
Que el secreto de las cosas
Y de las almas la sé,
Y las canto por sabidas
Sin saberlas a la vez.

Pues para que bien cantase.
Mi hada madrina, al nacer,
Del gozo y pena de todos
Me hizo la dura merced.

-Entonces-dijo la dama-,
¿Decidme, acaso, podréis
Si es verdad que de amor mueren
Los que bien saben querer?
Así, el triste ha respondido,
Quebrados acento y tez:
-¿A qué preguntáis, señora,
Lo que a la vista tenéis...?

LAS FATALES

Las tres hermanas de negro
Se empiezan a marchitar
Al soplo de una desgracia
Que no se han dicho jamás.

De negro se visten siempre,
Tal vez porque sentará
A su cabello castaña
Y a su esbeltez natural;

Pero en el mudo designio
De aquella fidelidad,
Un vago pavor de duelo
Parece a ratos flotar.

Cada una calla, aunque sabe
Con certidumbre total,
Que cuando venga el amado
Las tres juntas lo han de amar.

Cada una sabe, aunque calla
Como un secreto mortal,
Que si una alcanza la dicha
Las otras dos morirán.

Pero bien comprenden todas,

Que si un día ha de llegar,
Cada una querrá alcanzarla
Con inexorable afán.

La dicha, en tanto, no llega,
Acaso no venga ya...
El amado que esperaban
Era una sombra quizá.

Mas, en el luto que llevan
Sin querérselo explicar,
Pasa la sombra del crimen
Que nunca cometerán.

LA APASIONADA

Cuando en la sombra y la duda
Tu amor me desconocía.
Yo amargamente lloraba
De tanto que te quería.

Ya tu cariño poseo,
Puro, fiel, noble y ardiente,
Y sólo puedo, amor mío,
Llorar por ti amargamente.

LA DAMA Y EL CABALLERO

-No creo-dijo la dama-
Que nadie muera de amor.
-Es que nunca habéis amado
-El caballero afirmó.

-Aunque de muchos fui amada,
Nadie ha muerto de mi amor
-Acaso porque ninguno
Supo lo que es la pasión.

-Entonces si vos me amarais...
-El secreto de ese amor,
Con mi daga enterraría

En mi propio corazón.

-Bien comprendo ahora-dijo
La dama con dulce voz-,
Que sólo la muerte alcanza
La perfección del amor.

EL ARROYITO

El arroyito es tan claro.
Que en su amable claridad,
Vienen las lindas pastoras
Su belleza a duplicar.

Es tan bueno el arroyito,
Que ante su dócil bondad,
La novia del pastor muerto
Viene y se sienta a llorar.

A unas les trae, cantando,
Hierbas del monte natal.
Gimiendo, a la otra le lleva
Sus amarguras al mar.

Sólo a la pobre olvidada
Por un amante falaz,
El arroyito no tiene
Qué traer ni qué llevar.

Pues contemplando el camino
Por donde él no volverá,
Los ojos se le quedaron
Secos de tanto mirar.

MARTIRIO

Al ver la angustia que siento
Si te apartan de mi lado,
Todos comprenden al punto
La gravedad de mi estado.

Can alarma me reprochan
La pasión de que me muero,
Y yo nada les respondo,
Pero más y más te quiero.

Como a nadie oculto el alma.
Todos conocen mi historia,
Y saben que en tu amor puse
Gozo y pena, infierno y gloria.

Me dicen que es un delirio,
Que labro mi mala suerte,
Yo sólo sé, les respondo,
Que la querré hasta la muerte.

LA ULTIMA DICHA

1

Es tan grande y tan perfecta
La dicha de ser amada.
Que le tengo miedo a Dios
De que a envidiarme llegara.

Vengan las dulces amigas
Al son de alegres campanas.
La delicia de vivir
Perfuma mis manos claras.

2

La tristeza de querer,
Tan suave me llena el alma,
Que de Dios la escondería
Porque no me la envidiara.

Gocen su dicha los otros,
Mas ningún deleite iguala
La dulzura de morir
Que mis manos adelgaza.

LA PERFECTA

-Moriré sin verlo-dijo
La moribunda a su amiga-
Bien sé que ya no me quiere
Pues que mi mal no adivina.

-En tanta crueldad no creo,
Vendrá al fin-la otra replica-
El, de no haberme querido,
Ninguna culpa tenía.

Dulce es que su amor me mate,
Y basta para mi dicha
Morir besando la flor
Que me dio por cortesía.

TROVA

Como en los cuentos antiguos
Del paje y la hija del rey,
Sólo me es dado, señora,
Callar y palidecer.

Un fúnebre marmolero,
Con incansable cincel,
El mármol de la constancia
Cava en mi honda palidez.

Cava tanto, cava tanto,
Que pronto se ha de saber
Que el secreto de mis penas
Para siempre allá guardé.

Mas mi pálido silencio
Te seguirá por doquier,
En el claro de la luna
Y en los linos del dosel.

Y del fondo del espejo
Que complace tu altivez,

En tu pálida belleza
Lo verás palidecer.

MUCHACHAS

CHICAS DE OCTUBRE

Claras chicas primaverales
Cuya inquietud el paso deja
Pensamientos sentimentales
En las glicinas de la reja.

Leves chicas que desparrama
El vientecillo baladí,
Como un puñado de retama
Vulgarizado en organdí.

Chicas de tiernos corazones
Que se estremecen inseguros,
Tijereteados de gorriones
Como hojas de álamos ya oscuros.

Almas que inician su aleteo
Tras la falaz gota de miel,
En combustible devaneo
De mariposas de papel.

Chicas que arrostran en el tango,
Con languidez un tanto cursi,
La desdicha de *Flor de Fango*
Trovada en letra de Contursi.

Lentas chicas crepusculares
De la cita y de la ocasión,
Pasajeras y populares
Cual las flores de la estación.

Fugaces chicas de la acera,
Que apresuran a la conquista,

Piernas de araña costurera,
O alas de ángel telefonista.

Gárrulo encanto que retoña
En su precoz vicisitud,
Con exceso de marimoña
Loca de sol y juventud.

Petulante gracia que asienta,
Con ya despótica osadía,
El escarpín de Cenicienta
En el estribo del tranvía.

Coquetería que define
El espejo confidencial,
Con una estética de cine
Que ensaya el drama pasional.

Fácil piedad que ingenua llora
La novela de íntimo encanto
En que se casan Marta o Dora
Después de haber sufrido tanto.

Ilusión que las alas tiende
En un frágil moño de tul,
Y el corazón sensible prende
Su insidioso alfiler azul.

Y en final tosecilla seca,
Al lacerado pecho acude,
Como a cajita que ya hueca
Su último fósforo sacude...

Pobres chicas con sus pesares,
Sus amores y su ilusión,
Pasajeras y populares
Cual las flores de la estación.

TENIS

Las chicas del tenis, en grupos parejos,
Agracian de blanco la pradera verde

Que flota en un polen de sol y a lo lejos
En serenidades azules se pierde.

Graciosas como ellas, rubias margaritas,
De blanco se visten, como ellas también.
(Sabido es que entre ellas esas señoritas
Se aclaran enigmas de amor y desdén.)

La risa que brota jovial y temprana,
En su abierta rosa parece encenderlas;
Muerde en las mejillas su doble manzana,
Y en los claros dientes graniza sus perlas.

Retoza la brisa que en ese gorjeo,
Como frágil cinta de luz, se cortó.
Desde la alameda grita el benteveo,
Que, naturalmente, dice que las vio.

Llenos de luz de oro cual rojos estanques,
Los cuadros prescriben destreza segura.
En la red palpitan gentiles arranques
De súbditas garzas que al vuelo captura.

En leve centella, cruza la pelota
Con tales arrojos de. triunfo y de azar,
Que más de un sensible corazón rebota,
Y en la red se queda prendido al pasar

PERFIL

1

La furtiva muchacha ondula
En la tarde medio borrada.
La luna de oro disimula
En un grande árbol enredada.

Y el rayo audaz con que la asedia,
Como un oblicuo ojo de gato,
Le escupe una estrella al zapato
Y le zurce un punto en la media.

NEGRO Y BLANCO

Bajo la sombra transversal,
Que en la acera cruza su lista,
La fresca luna de batista
Le corta un lindo delantal.

Y en la esquina clara y fatal,
Volcada en láctea mancha, troza
El puñado de infausta loza
Del fracaso sentimental.

LUNA LLENA

Insensible a la desventura
Del encanto y del poste rotos,
Por los ámbitos más remotos
Tiende su impávida blancura.

Y ensayando en la frágil chica,
A pleno azul sus papelones,
Implacable con los rincones,
En su gaceta la publica.

LA MUCHACHA FEA

Yo soy la muchacha fea,
Y aquí a contárselo voy,
Para que usté no me crea
Más fea de lo que soy.

Pues pienso sin ironía
Que usté, señor, ha de ser,
El que, al bajar del tranvía,
Me miró la pierna ayer.

Pude así, ante su buen gusto,
Eludir mi fealdad.
No sé si más de lo justo
Le quedó curiosidad.

Pero, al tomar por la calle,
Sin querer noté después
Que el contorno de mi talle
Le inspiró cierto interés.

Por la parte que me toca,
Se lo voy a usté a decir:
No es fea ninguna boca
Cuando sabe sonreír.

Si mis ojitos son feos,
Hablan, en cambio, muy bien.
Más de uno tiene deseos
De preguntarles con quién...

Aunque el pesar no me rinda,
Lo que me hace falta a mí
Es que alguien me crea linda
Para embellecerme así.

Pero yo soy la inventora
Del Institut de Beauté...
Vea usté, linda señora.
Lo que así me debe usté.

El tonto de mi vecino
Busca novia sin hallar.
Perlas le pide al Destino,
Pero se asusta del mar.

Sus vanidosas ideas
Le han secado el corazón.
De tanto miedo a las feas
Se va a quedar solterón.

Si ángeles son las bonitas.
Por marido al cielo azul
Vayan esas señoritas
Con cuatro alitas de tul.

Allá el bueno de San Pablo
Su bendición les dará.

Las feas que son el diablo,
Quieren condenarse acá.

Porque les causan tristeza
Y afligen su buena fe,
La incuria y mala cabeza
De los mozos que una ve.

Conque, así, por su desvío,
Sépalo al darle mi adiós:
Yo soy fea, señor mío,
Pero usté vale por dos.

OJOS NEGROS

Agobia con la esbeltez
De una lánguida palmera,
Tenebrosa cabellera
Su vehemente palidez.

Y en esa negrura inerte
Cruzan profundos puñales,
Los largos ojos fatales
Del amor y de la muerte.

TONTERIA

Tri... ra-lira-lira-lira,
Trira-lira-lira-lá...
El canario que delira,
Trira-lira, ¿qué dirá?

¿Dirá los dulces antojos
De algún tierno frenesí?
Con sus picarescos ojos
La niña guiña que sí.

¿Dirá las penas y agravios
Que algún triste padeció?
Cruzado un dedo en los labios
La niña opina que no.

Y el pajarillo delira
Por algo que ella sabrá.
Tri... ra-lira-lira-lira;
Trira-lira-lira-lá...

CHISME

El canario ya no trina,
Y en vano la niña triste
Le ofrece un grano, de alpiste
En su boca purpurina.

Pero él, con pío más blando,
La mima, y parece así
Que la estuviera insinuando
Tierno y afable: "¿Sí?... ¿Sí?..."

FIGURIN

A la última creación,
Infunde con elegancia
Su espíritu de fragancia
Del nuevo «Extracto Manon».

Negros casi hasta lo impuro,
Sus ojos de terciopelo,
Corresponden al modelo
De crespón leve y oscuro.

Mas, los linones y tules
A los que hoy nadie se atreve,
Sentarán cuando se lleve
Los ojos castos y azules.

A las sentencias mundanas
Su dulce nombre acomoda,
Según que estén a la moda
Las Coras o las Susanas.

Cada estación le coloca

El lunar que le conviene;
Y el corazón que no tiene
Lleva pintado en la boca.

Muestran, un tanto excesivos.
-Por lo audazmente doradas-
Ideas oxigenadas
Sus postizos pensativos.

Aunque no es fea ni hermosa,
Impone con gallardía
Su abstracta soberanía
De muñeca peligrosa.

Y juega, fútil, así,
La vida con gracia suma,
Arriesgando en cada pluma
Su ideal de maniquí.

ROMANZAS A VANNA

LUNA PRIMAVERAL

Y al amor rendida,
Me entregas, confiadas,
Tus manos cargadas
De luna florida.

EL LIRIO NEGRO

Flotada en la fluidez
Tenebrosa del crespón,
Agracia la inclinación
De un lirio tu palidez.

Y tu ambiguo ser integre
Con la imagen oportuna
De un lento rayo de luna
En un largo lirio negro

LA PASION

Palidez apasionada,
Que en honda sed de martirio
Clava el corazón del lirio
Con misteriosa estocada.

Rayo de luna fatal,
En que el corazón herido,
Se estremece agradecido
De que le hagan tanto mal...

LA DICHA SUPREMA

Sed de llorar sin saber
Siquiera por qué se llora...
Delicia desgarradora
De entregarse y padecer.

Arrobamiento sombrío
De la noche enamorada,
Profundamente llorada
De estrellas y de rocío.

LAS ESTRELLAS

En las noches que dilata
Nuestro amor, hondas y bellas,
Vibran las claras estrellas
Cual campanitas de plata.

En las noches, tenebrosas
Con la ausencia de tu encanto,
Tiemblan, pesadas de llanto,
Las estrellas dolorosas.

SERENATA

Yo fui aquel que llegó en pena
A tu candor sin reproche,
Como el viento de la noche
Va a despertar la azucena.

Yo fui aquel que socorriste,
Generosa de tu gracia,
Con la dulce aristocracia
Que suaviza tu alma triste.

Yo fui aquel que en su orfandad
Supo presentirte hermana,
Cual parece más cercana
La estrella en la soledad.

Yo soy aquel que en ti adora,
Porque en mis dulces martirios,
Eres reina de mis lirios
Y de mis perlas, señora.

Yo seré aquel de quien diga
Todo amante fiel y blando:
Ese fue el que murió amando
Sin descanso y sin fatiga.

Y en el cielo del amor,
Siempre digno de tu fe,
La eternidad ganaré
Para quererte mejor.

MERECIMIENTO

Temblando me confiaste en tu mirada
El secreto de tu alma taciturna,
Con el misterio de la flor nocturna,
Que sólo sabe perfumar callada.

Y mereció mi corazón oscuro,
Aquel amor tan noble en su tristeza,

Y aquel dolor tan bello en su nobleza
De llorarse ignorado y morir puro.

LA ALAMEDA

Fue un abandono de seda
Tu negligencia elegante,
Suspirada en el fragante
Misterio de la alameda.

EL JARDIN

En mi alma reinaste hermosa.
Como en el jardín sombrío
Exalta su poderío
La perfección de la rosa.

LOS DONES

Yo pediré al hada
De los gratos dones,
Que de galardones
Te deje colmada.

Que consejos sabios,
Dictándote fiel,
Les haga a tus labios
El don de la miel.

Que dé a tus arcanos
Poesía sutil,
Y ponga en tus manos
El don del marfil.

Y así cual resume
Su encanto en la flor,
El don del perfume
Y el don del color.

Mas, si en tu abandono

Sumido me dejas,
Verás que mis quejas
No elevo a su trono.

Y que no le pido
Como otros amantes,
Con preces tocantes
El don del olvido.

Sino que más bella
Te haga todavía.
Que te cambie un día
De flor en estrella.

Y que en sus despojos,
Les quiera otorgar,
A mis pobres ojos
El don de llorar.

TROVA

A Jorge Mitre,
en sus esponsales.

Yo traigo versos de amor,
De aquellos que, con su bien.
Recuerda uno, como quien
Va deshojando una flor.

Amada, dice el Amado.
Hoy vi el sol en tus cabellos,
Y era más hermoso entre ellos
Que allá en su trono dorado.

Anoche al abandonar
Tu ser el sueño clemente
Para besarte en la frente
Salió la luna del mar.

Es de ver, cuando a deshora
Anticipa la mañana,
Cómo mira a tu ventana

El lucero de la aurora.

Y nadie duda que ayer,
Aunque estabas algo triste,
La tarde, no bien saliste,
Se puso a palidecer.

Partió arrugando la alfombra
De flores de la pradera
Como dorada pantera
Que deja rastros de sombra.

Y la dulce noche, al son
De apasionada querella,
En el temblor de una estrella
Te entregó su corazón.

ADORACION

En lo infinito al brillar
Tan pura, lejana y bella,
¿Acaso sabe la estrella
Cuándo la refleja el mar?

Pero, al mirarla tan bella,
Lejana y pura brillar,
Sólo está tranquilo el mar
Cuando refleja la estrella.

En su hermosura escondida
Como un alma, ¿acaso sabe
La perla nítida y suave
Que es engendro de la herida?

Mas, de la dicha escondida,
Sólo es digno aquel que sabe
Engendrar, nítida y suave,
Una perla de su herida.

Por eso, en penas de amor,
Van buscando, siempre, así,
Su estrella y su perla en ti

Mi inquietud y mi dolor.

FIRMEZA

Pasó el invierno por fin,
Y tú reinas, semejante
A una claridad fragante
En la gloria del jardín.

Asoma por ti al sendero
La acacia un tanto confusa,
En el linón de tu blusa
Se sonrosa el duraznero.

Tiñe de inocente azul
Tus ensueños la glicina;
Ante tu gracia se inclina
Tembloroso el abedul.

Y la rosa apasionada,
Sangrando nobles dolores,
Busca tus labios mejores
Para hermosearse besada.

Todo el jardín está en flor,
Todo el bosque reverdece,
Sólo el ciprés permanece
Sombrío como mi amor.

SECRETO

Cuando me vi abandonado
Y tan próximo a mi fin,
La bondad de tu alma pura
Fue perfecta para mí.

Cuán delicadas tus manos,
Tu discreción cuán gentil,
Cuán oportuno el consejo
Que siempre afable te oí.

Más que mujer parecías
Compasivo serafín.
Nunca, nunca, tal fineza
Lograré retribuir.

Pero lo que yo anhelaba
Con secreto frenesí,
No era tu bondad perfecta
Ni tu discreción gentil;

Ni el amparo de tu gracia
Para mi suerte infeliz...
Sino que un día advirtieras
Que mejor me era morir.

DESDEN

Si tan sólo una caricia
De tus ojos consiguiera,
Precio digno de tal gloria
La vida me pareciera.

Si con mortal puñalada
Tu rencor me hiriese un día,
Por padecer de tu mano
Contento sucumbiría.

Pero lo que de seguro
Va a darme muerte angustiada,
Es que para mí no seas
Caricia ni puñalada.

MENSAJE

Paloma que hacia mi amor,
Tras mar y cielo te vas,
Escrito le llevarás
Mi mensaje en una flor.

Vuela con ala sutil,
Y posándote en su techo,

El gemido de mi pecho
Vibre en tu arrullo gentil.

Sin tardanza vuelve acá,
Si al escucharte suspira,
Mas si con desdén te mira,
No hay por qué te afanes ya.

Calla, y búscame después,
Si por mí volver deseas,
Donde más oscuro veas
Embellecer el ciprés.

TONADA

Las tres hermanas de mi alma
Novio salen a buscar.
La mayor dice: «Yo quiero,
Quiero un rey para reinar.»
Esa fue la favorita,
Favorita del sultán.

La segunda dice: «Yo
Quiero un sabio de verdad
Que en juventud y hermosura
Me sepa inmortalizar.»
Esa casó con el mago
De la ínsula de cristal.

La pequeña nada dice,
Sólo acierta a suspirar.
Ella es de las tres hermanas
La única que sabe amar.
No busca más que el amor,
Y no lo puede encontrar.

DESDICHA

Al ver mi aspecto sombrío,
Sienten por mí compasión.
Unos dicen: Se conoce

Que está mal del corazón.

Otros hay que, preocupados
Con más sincero interés,
Piensan que el azar me puso
Cara y bolsillo al revés.

Otros lo imputan a la honra
Que tal vez comprometí,
O a la comedia silbada
Que se habrá hecho drama en mí.

Lo cierto es que va, se dicen.
Camino del ataúd.
Hondo mal será el que mira
Su dolorosa inquietud.

Así por mí se preocupan,
Aunque ignoran mi pesar,
Y la única que lo sabe
No lo quiere consolar.

EL BESO

La hija del rey es hermosa
Como una estrella sin par;
La hija del rey es extraña
En su sombría beldad.

Monarcas piden su mano,
Que la sabrían honrar.
La mano de la princesa
Ninguno pudo alcanzar.

El día de sus veinte años,
Pregón ha mandado echar.
Pregón de buen pregonero,
Con trompeta y atabal.

«Daré el beso de mis labios
A quien lo sepa estimar.
Pongo precio de la vida

Por uno solo, no más.»

Aunque tan bella es la infanta
Ninguno quiere arriesgar
El dulce bien de la vida
Por un beso, nada más.

Reyes y nobles señores
Por otros amores van.
Solitaria la han dejado
En su orgullosa beldad.

Al cabo del año, vino
Un caballero a pasar.
Cuando del pregón se entera,
Quiere a la infanta mirar.

«Señor, le dice su paje,
¿No es insensato el afán
De poner tu alma en pecado
De vana curiosidad?»

«¡Calle al punto el espolique!»,
Le ha venido a contestar:
«Arrestos son de mi empresa
Los que me traen acá.»

La princesa comparece
En el estrado real.
Bella era como la luna
Tras nube de tempestad.

No bien la ve el caballero,
Le dice sin vacilar
«Señora, dame tus labios,
Que tuya es mi vida ya.»

Largo beso le ha tomado,
Que buen precio va a pagar.
Cuando sus labios desprende,
Radiante tiene la faz.

En el rollo del verdugo,

El mismo a ponerse va.
Tierna garganta le ofrece.
Que bien la pueda cortar.

Sus ojos, de la princesa,
No los puede separar,
Ojos, ¡ay de mí!, tan dignos.
Tan dignos de su piedad.

Alzó la espada el verdugo.
Ella le hizo la señal,
Y se estrechó más de cerca
Para verlo degollar.

Sangre le salta a los labios,
Nunca la pudo borrar.
Lo que con sus labios toca,
Sangre se pone a manar.

Sangrientas son sus palabras
Y su sonrisa fatal.
Sangrienta el agua que bebe,
Sangriento todo manjar.

Temor de la horrenda mancha,
Le alejó todo mortal.
Eso fue el último beso.
El beso de su crueldad.

Otras hay como esa infanta.
Como esa infanta otras hay,
Que menos duras parecen
Y que lo son mucho más.

Daba ella un beso, aunque aciago
Estas lo niegan total,
Pero el mismo precio cobran
Por el beso que no dan.

Alguien va pronto a morir
De esa implacable crueldad,
Desangrado gota a, gota,
Que no a tajo capital.

Carmín de sangre bebida
Se ve en tus labios brillar...
Ten cuidado con el crimen,
El crimen de tu beldad.

PERFECCION

Rosa que va a sucumbir,
Cortada de su rosal,
Con el destino fatal
De ser hermosa y morir.

No sabes más, noble flor,
Que morirte siendo hermosa,
Porque es condición de rosa
La hermosura del dolor.

Pronto en mi amor, con certeza.
Repetida te verás.
El tampoco sabe más
Que morir de su belleza.

LA PALMERA

Al llegar la hora esperada
En que de amarla me muera,
Que dejen una palmera
Sobre mi tumba plantada.

Así, cuando todo calle,
En el olvido disuelto,
Recordará el tronco esbelto
La elegancia de su talle.

En la copa, que su alteza
Doble con melancolía,
Se abatirá la sombría
Dulzura de su cabeza.

Entregará con ternura

La flor, al viento sonoro,
El mismo reguero de oro
Que dejaba su hermosura.

Y sobre el páramo yerto,
Parecerá que su aroma
La planta florida toma
Para aliviar al desierto.

Y que con deleite blando,
Hasta el nómade versátil
Va en la dulzura del dátil
Sus dedos de ámbar besando.

Como un suspira al pasar,
Palpitando entre las hojas,
Murmurará mis congojas
La brisa crepuscular.

Y mi recuerdo ha de ser,
En su angustia sin reposo,
El pájaro misterioso
Que vuelve al anochecer.

PRELUDIO

«Cuando oigo sonar las cuerdas
Me dan ganas de llorar»,
Dicen los versos sencillos
De la copla popular.

Qué bien cantan mis pesares
Con su tristeza cordial.
Qué hondo me llegan al alma
Con su sincera humildad.

Canta, guitarra doliente,
Tu copla sentimental,
Que con su blanda dulzura
Sabrá el rigor aliviar,

De aquella que no se cansa

De tiranizarme más,
Aunque me ve tan enfermo
Del mal que me ha de matar.

Yo también cuando la veo
Tan insensible a mi mal.
Como al son de tus bordonas
Tengo ganas de llorar.

Qué quieren que haga de mí,
Qué esperanza puedo dar,
Cuando sólo sé morirme
De esta pena y de este afán.

Canta, guitarra doliente,
Publica mi ceguedad;
Secreto de mis amores
No hay por qué guardarlo ya.

Canta, que si el llanto un día
Te llegara a destemplar,
Con mi corazón herido
Sabré ponerte a compás.

Y mi propia desventura,
Sangrando te cortará,
En el hilo de mi vida
Las cuerdas que hacen llorar.

FATALIDAD

Rogué al amor, por no verte,
Que me cegara como él.
Perdí la vista y tu imagen
Flotó en mi sombra más fiel.

Cansado de tus desdenes,
Ensordecer le pedí.
Todo calló; mas tu acento,
Seguía cantando en mí.

Al exceso de sus penas,

Perdí olfato y paladar.
Mas tu aroma y mi amargura
Nunca las pude borrar.

Que insensible me tornara,
Fuera inútil petición,
Pues mi dolor y mi vida
Ya una misma cosa son.

Sólo me resta pedirle.
Para alcanzar la quietud,
Que me dé muerte y olvido
En anónimo ataúd.

Pero una duda me asalta
Bajo esta pena fatal:
¿Y si es el alma la herida?...
¿Y si el alma es inmortal?...

INTERMEZZO

LA UNICA

Si en mi tristeza repara
Tu implacable frialdad,
Me preguntas por quién lloro...
¡Por quién podría llorar!

Si contemplando una estrella,
Me abismo en la soledad,
En quién pienso me preguntas...
¡En quién podría pensar!

Si en la alta noche dormido,
Me arranca quejas mi mal,
Me preguntas con quién sueño...
¡Con quién podría soñar!

Si mi hondo desasosiego,

Vagabundo me echa a andar,
A quién busco me preguntas...
¡A quién podría buscar!

Y cuando invoco la muerte,
Cansado ya de sufrir,
De qué muero me preguntas...
¡De qué podría morir!

ENDECHA

Cuando me muera por ti,
Lo que pronto ha de pasar,
Acaso una tarde hermosa
De mi amor te acordarás.

Tal vez te conmueva un poco
Lo que vuelvas a pensar:
Que en lo hondo de mi silencio
Se aterraba algo fatal;

Y lo pronto que me puse,
Conforme al dicho vulgar,
Pálido como la muerte
Que tan cerca estaba va.

Quizá adviertas, condolida.
Que nadie te quiso más,
Ni padeció más constante
Sin merecer tu piedad.

Y puede ser que te digas
Con cierto angustioso afán
«Quién iba a pensar, entonces,
En una desgracia igual»...

«¿No debe siempre fingirse
Temor a la falsedad?
¿No dicen que nadie muere
De amor en la época actual?»

Ya habrás visto lo que valen

Las opiniones que dan.
Ya sabrás por aquel caso,
Si se muere o no de amar.

Y el peligro de los ojos
Que hizo la fatalidad,
Tardos en compadecer,
Prontos en martirizar.

Nada de ellos pretendí,
Sólo imploré caridad.
Ese fue todo el motivo
Para hacerme tanto mal.

COMPARACIÓN

Angustiada por mi suerte,
Me preguntas con terror
Por qué es que siempre a mi amor
Lo comparo con la muerte.

Si tras inútil rogar,
No hallo más que juego esquivo,
Yo que sólo por ti vivo,
Con qué lo he de comparar...

Si tanto verme sufrir,
No me has de compadecer,
Qué otra cosa puedo hacer
Que amarte más y morir.

Si muero de verte ingrata,
Cómo quieres que no acierte
A comparar con la muerte
Lo mismo que así me mata.

Cómo hallar mejor idea,
Si me parece más blando
Morir que vivir amando,
Por más que esto morir sea.

Y en mi alma ya malherida,

Se acendra este amor fatal,
Con una pureza tal
Que lo acerca a la otra vida.

OFRENDA

Mediante artificios sabios,
Podría hacerte un clavel,
Con pimienta, fuego y miel
Encendidos en tus labios.

Por galardón de poeta,
Quizá ofrecerte sabría,
Tu dulce melancolía
Transformada en violeta.

Y mi paciencia ingeniosa,
Que tu crueldad nunca sacia,
Con tu perfume y tu gracia
Te compondría una rosa.

Mi alquimia sentimental
Reventaría en tu orgullo
Todo el oro del capullo
De un crisantemo imperial.

Por encantar mi jardín,
Con algo de tu hermosura,
Tomaría tu blancura
Para cuajarlo en jazmín.

Pero sólo en mi honda pena
Hallaría sin doblez,
La divina palidez
Que te rinde la azucena.

ELEGIA CREPUSCULAR

Desamparo remoto de la estrella.
Hermano del amor sin esperanza,
Cuando el herido corazón no alcanza

Sino el consuelo de morir por ella.

Destino a la vez fútil y tremendo,
De sentir que con gracia dolorosa,
En la fragilidad de cada rosa
Hay algo nuestro que se está muriendo.

Ilusión de alcanzar, franca o esquiva,
La compasión que agonizando implora,
En una dicha tan desgarradora
Que nos debe matar por excesiva.

Eco de aquella anónima tonada
Cuya dulzura sin querer nos hizo
Con la propia delicia de su hechizo
Un mal tan hondo al alma enajenada.

Tristeza llena de fatal encanto,
En el que ya incapaz de gloria o de arte.
Sólo acierto, temblando, a preguntarte
¡Qué culpa tengo de quererte tanto!...

Heroísmo de amar hasta la muerte,
Que el corazón rendido te inmolara,
Con una noble sencillez, tan clara
Como el gozo que en lágrimas se vierte.

Y en lenguaje a la vez vulgar y blando
Al ponerlo en tus manos te diría,
No sé cómo no entiendes, alma mía,
Que de tanto adorar se está matando.

Cómo puedes dudar, si en el exceso
De esta pasión, yo mismo me lo hiriera,
Sólo porque a la herida se viniera
Toda mi sangre desbordada en beso.

Pero ya el día, irremediablemente,
Se va a morir más lúgubre en su calma;
Y más hundida en soledad mi alma,
Te llora tan cercana y tan ausente.

Trágico paso el aposento mide...

Y allá al final de la alameda oscura,
Parece que algo tuyo se despide
En la desolación de mi ternura.

Glorioso en mi martirio, sólo espero
La perfección de padecer por ti.
Y es tan hondo el dolor con que te quiero,
Que tengo miedo de quererte así.

NOCTURNO DE LAS CUATRO SOLEDADES
(A Julián Aguirre)

Prevención total

Bajo un noble dolor meditabundo,
Se estremece con grave melodía,
En la cuerda de heroica valentía,
El corazón del ébano profundo.

La estrella solitaria

La solitaria estrella de la tarde
Reina en la claridad del cielo verde,
Que con remoto fuego apenas arde.

Tenebroso perfil de selva, muerde
Aquella limpidez que al mundo engarza;
Y hacia el astro una mensajera garza,
En la luz ya ulterior, lenta se pierde.

La garza tardía

Soledad de la garza mensajera
Que como en largo estoque atravesada,
Remonta sin cesar nuestra quimera...

... Ya no existe la tarde. Ya borrada,
Se anegó el ave abstracta en lo absoluto,
Y la selva padece extraño luto,
En hojarasca lóbrega llorada.

La selva triste

Y se le ve la claridad del llanto
Tras las pestañas del follaje. Azora
Su insegura quietud un leve espanto.
Y en una soledad desgarradora,
Advierte el alma errante que no es ella
La que padece más, sino la estrella
Que junto a un sauce se despide y llora.

El alma errante

Sobre el lindero de la selva oscura
Se ve flotar, en la extensión abierta,
Los campos serenados de blancura.

Mas cuando en ellos busca el alma incierta
La piedad de la luna presentida,
Halla, por su quimera malherida,
En yacente candor la garza muerta.

ADAGIO FAVORITO

Si no te amara así, si no tuviera
El corazón enfermo de quererte;
Si seguro de amarte hasta la muerte
Con tanta elevación no te quisiera;

Si no hubiera sabido sufrir tanto,
Que, al fin de mi tristeza entristeciste,
Y en la inefable gracia de estar triste,
Perla de suavidad cuajó tu encanto.

Si no fuera este amor mi propia vida
Bella y total como la misma perla
Que con la honda congoja de esconderla
Pule más noble la fatal herida,

Nunca sabría el corazón, sincero
Como el oro y la mirra de la ofrenda,

Crearte en un misterio de leyenda
La ilusión celestial con que te quiero.

Amor que subyugándose tan blando
A la ventura que lo diviniza,
Como el azul del mar se profundiza
Con la hermosura en que se está mirando.

Sombrío amor en que me da más bella
Tu alma, ante mi pasión meditabunda,
Como entrega la noche más profunda
Sus ojos misteriosos en la estrella.

LAS TRES KASIDAS

Ia Leilah?

KASIDA I

¡Oh, noche!, que en dulce calma
Meces tu ensueño de estrellas:
Bella entre las noches bellas,
¡Oh, noche si vieras su alma!

¡Oh, luna!, si en un delirio
De amor, besaras sus manos,
Desde los cielos lejanos
Cayeras cuajada en lirio.

¡Oh, aurora!, que se colora
En la rosa y la granada:
Por sus labios agraviada
Palidecieras, ¡oh, Aurora!

Si así con sus labios rojos
¡Oh, aurora!, mal te comparas,
Cielo que todo lo aclaras,
Cielo azul. vieras sus ojos.

Y tú aunque tan alto estés

¡Oh, arcángel del esplendor!,
Tengo miedo por mi amor,
Tengo miedo si la ves.

KASIDA II

¡Oh noche, noche fatal
De no ver el bien lejano!
Llaman al médico en vano,
Que no es curable mi mal.

¡Oh, noche!, dijo el doctor,
La que amenaza a estos ojos,
Como apagados despojos
De un bien padecido amor.

Mas curarlos no podré,
Si no paráis vuestro llanto.
Yo respondo en mi quebranto:
«No, doctor, no hay para qué.»

Pues contento de sufrir
Mi doloroso embeleso,
Si no me sirven para eso,
¡Para qué me han de servir!

KASIDA III

¡Oh, noche!, funesta noche;
A la fuente de mis penas,
De sed de amar alterada,
Bajó a beber la gacela.

Salobres halló las aguas,
¡Oh, noche!, noche funesta,
Mal la guiaste a esa fuente,
Rendida cayó a su vera.

Bebió la sombra sus ojos,
Los ojos que puso en ella.
¡Oh, noche!. funesta noche,

Robaste así su belleza.

Ojos tan suaves y puros
De la gacela sedienta.
Estrellas hiciste de ellos,
¡Oh noche!, noche funesta.

Mas, ¡oh, noche!, qué me importan
Tus astros ni tus tinieblas.
Devuélveme, inicua noche,
Los ojos de mi gacela.

ROMANCE DEL REY DE PERSIA
(Al emir Emín Arslán,
descendiente de los reyes persas)

1

El rey de Persia ha mandado
Sus visires a llamar.
El de la mano derecha
Que es un letrado capaz,
Y el de la izquierda, que sabe
La ciencia de administrar.

-Buscadme un poeta-dice-,
Que sepa el amor cantar;
Pues siento el pecho oprimido
Por un recóndito afán,
Y sólo podrá calmarlo
Quien me llegue a revelar
En espejo de belleza
El rostro de la verdad.

Riquezas tendrá y honores,
Si me puede contestar,
Como nunca antes de ahora
Consiguió ningún mortal;
Pues tal premio habré de darle,
Que a ello decido aplicar
El tributo de dos años
De la Siria y del Irak,

Y lo que en dos más rentaren
Las gabelas de la mar.

Tuerce el visir del Tesoro,
Cuando esto escucha, la faz.
Y ante ella ve negro el mundo,
Mas no osa al rey contrariar.
Que cuentas del rey, tan sólo
Las rinde el amo ante Alá.

El visir de la Sapiencia
Dice con urbanidad:
--¡Señor, oigo y obedezco!
Que se cumpla sin tardanza
Lo que es de su potestad,
Besa entre las reales manos
La tierra, y sale a buscar.
Que ha de hallarlo nadie duda,
Nadie duda que hallará
Poeta que satisfaga
La sacra real voluntad;
Que es de los buenos poetas
Saber el amor cantar,
Y buenos poetas fueron
Los de Persia en toda edad.

Y mientras así partía
Sus bardos a convocar,
Nisalmulmulk el letrado,
Ese visir tan capaz,
A disponer las talegas
Con que los han de premiar,
Iba Abdul Hasán el probo,
El visir Abdul Hasán.

2

El rey está enamorado
De una esclava singular
Que por princesa cristiana
Le vendió un corsario audaz.
Y que debe ser princesa,

Según lo afirman al par
La quietud de su mirada
Y el favor de su ademán.
Lejana como la luna
Cuando más hermosa está.
En un gran silencio pálido
Ha vuelto su dignidad.
Perdió aquese rey el alma,
Por bien perdida la da,
En el azul de sus ojos
Que serían como el mar,
A no tener la dulzura
Con que valen mucho más,
La dulzura en la mirada,
Si en las lágrimas la sal.
Que serían como el cielo
Lavado de claridad,
A no ser dos y con eso
Su hermosura duplicar
En estrellas encendidas
Sin querer oscuridad.

*

Por eso el buen rey procura
La belleza v la verdad.
Por eso busca un poeta
Que sepa el amor cantar.

3

Para cumplir el encargo
Con prudencia y equidad,
Llamó el visir a Firdusi,
Bardo de fama inmortal,
A quien como a un rey adorna
La nobleza familiar
Con que apacienta en sus bar
Blancas de serenidad,
Que no de frígida nieve
Ni de ceniza letal,
Corderos entre azucenas

Deliciosas de pastar.
Y en versos de heroica gracia,
Firdusi ha cantado allá
El amor con que los bravos
Saben su gloria colmar.
Las doncellas que florecen
En catorce años, no más,
Lunas de catorce días
En su belleza cabal.
Esbeltas como la lanza
En brazo de capitán;
Unidas y peligrosas
Como la hoja del puñal.
Bendito el Omnipotente
Que al bravo discernirá
El premio de la hermosura
Para oasis de llegar.
¡Gentil entre las palmeras
La amada que le dará!
Terneza ardiente del dátil,
Regalo del manantial,
Su cuerpo de ámbar fragante.
Su limpidez de cristal.
¡Llama de sus labios, llama
Que no alumbra por quemar!
¡Cielo de sus ojos, cielo
Donde impera el gavilán!

Qué bien que cantó Firdusi
Lo que debía cantar.

*

El rey aplaude y dispone
Que se dé al bardo leal,
No en pago de la belleza
Que no es cosa de comprar,
Antes pidiéndole, afable,
Perdón por la cortedad,
Tres talegas de oro fino,
Seis de plata, y además
Un traje de ceremonia
Como mejor no lo habrá,

Un gerifalte mudado
Y un corcel de buen andar.
Mas, cuando el poeta ilustre
De su presencia se va,
El rey dice, suspirando
Con lánguida suavidad
--¡Oh Nisalmulmulk!, no es esa
Lo que quisiera escuchar.

4

Nisalmulmulk llamó entonces,
A su amigo Omar Kayam
Con quien no había querido
Por discreción empezar.
Omar, como nadie amado,
Porque nadie ha amado más.
Y en cien cuartetas que abrieron
Cada una con variedad.
Cuatro alas de mariposa,
Donde se cansa, quizás,
El sol de lucir colores,
Mas no el estro de inventar,
Cantó la pura delicia
Que encierra el amor fugaz,
Exento, por pasajero,
De pena, duda y afán.
Pues, ¡ay de mí!, en lo mudable
De la condición mortal,
Sólo es duro lo que dura,
Por la pena de durar.
Cantó los senos triunfales,
Las copas de la ebriedad,
Que el gozo en ellos modela,
Su caricia al atardar.
La música, hija del aire,
Que con el aire se va,
Prefiriendo, a ser palabra,
Suspirar, gemir, pasar...
El perfume que impalpable,
Con más nobleza se da,
Desvanecido en las alas

De su propia libertad.
Y la seda insostenible,
Que en su desliz natural,
Aclara con sutileza
La gloria de la beldad,
Como la nube a la luna
Y el robo a la perla impar.

Qué bien que Omar ha cantado
Lo que debía cantar.

*

Con justicia el rey dispone
Que se le dé un premio igual.
Mas, cuando el feliz poeta
De su presencia se va,
Dice, inclinando la frente
Con desánimo fatal:
--¡Oh Nisalmulmulk!, no es eso
Lo que quisiera escuchar.

5

Fué Hafiz el otro poeta
A quien se mandó llamar.
El de las églogas suaves
En que gime la torcaz
Y suspiran las zagalas
A la sombra del parral.
Y Hafiz cantó los amores
De rústica ingenuidad,
Y celebró la hermosura
De las rosas de Ispahán,
Las granadas agarenas,
Las palmas del arenal,
Poniendo el don de una gracia
Por cada celebridad.
En las rosas de frescura
De los brazos que darán
Corona al amor triunfante,
Nudo a la dicha fugaz

Frescos brazos juveniles
En que florece el rosal
En las granadas que prontas
Se entreabren para sangrar
Con generosa dulzura
Su corazón primicial,
Las morenas y doradas
Mejillas que entregarán
En besos encaminados
A un convite más cordial,
Los rubíes generosos
Que se están por derramar.
Y en las palmas del desierto
La misteriosa piedad
De los cabellos oscuros
Con que aun velaba su faz
La indefensa enamorada
Que abatió la sed de amar:
Lánguida luna poniente
Tras las sombras del palmar.

Qué bien que Hafiz ha cantado
Lo que debía cantar.
Juzga el rey bien merecido
Premiar sin desigualdad
A Hafiz el dulce poeta,
Quien satisfecho se va.
Pero, con gesto sombrío,
Sentencia así una vez más:
-¡Oh Nisalmulmulk!, no es eso
Lo que quisiera escuchar.

6

Alarmado envía entonces
Nisamumulk a buscar
La amable sabiduría
Que con ingenio eficaz
Sadí el sentencioso acuña
Sobre el bronce proverbial.
Sadí bajo cuya lengua
Perfumada de verdad,

Las abejas del consejo
Fabricaron su panal.
Y aquél exaltó a la gloria
La noble fidelidad,
Perpetuándola en el canto
Que a la luna eleva el mar
Con el palpitante anhelo
De iluminarse en su faz.
Y el beso que infatigable,
Desde su profundidad.
Estrella en la árida roca,
Frustra en la arena falaz.
Y la gracia de la perla,
Que es la hija virginal
De aquellos castos amores
De la luna con el mar,
Que no son sino un ensueño
Cuajado en la suavidad
De la perla que en belleza
Sangró la herida natal.
¡Oh alteración insaciable!
Que desde la eternidad,
Por el amor de la luna
Rompe en su inquieto cristal
Las copas de la quimera
Sin apurarlas jamás.
Belleza del mal en calma,
Niega en su reposo al mar.
Mar que descansa explayado,
Nunca en perlas cuajará.

Qué bien que Sadí ha cantado
Lo que debía cantar.

*

Tan hermoso el rey lo encuentra,
Que manda al premio agregar
Un yatagán incrustado
De turquesas de Ceilán.
Mas, cuando Sadí ha partido,
Declara, siniestro ya
-¡Oh Nisalmulmulk!, no es eso

Lo que quisiera escuchar.

7

Sino un canto que me diga
Por qué esta misma ansiedad,
Si de noche me desvela,
De día me obliga a andar
Como soñando despierto
Tras sus ojos de deidad
Que contemplo tan lejanos,
Aunque dentro de mí están.
Por qué cuando llego ante ella
Sólo acierto a balbucear,
Y olvído el dulce concepto
Que compuse ayer, no más.
Para ofrecerle rendido
Ni propia cautividad.
Por qué si toco sus manos,
Me embarga una angustia tal,
Que en las mías se abandona
Temblando la voluntad,
Porqué no hay dicha que valga
Lo que este incurable mal,
Ni luz como esta ceguera
Que me supo revelar
En el alma de las cosas
El secreto de mi afán.
Así me abrió la mañana
Página de claridad
Que en un pétalo de rosa
Plegó la brisa al pasar,
Así me enseñó la tarde
Con qué honda fraternidad
En las pestañas del musgo
Llora la fuente cordial.
Así he leído la noche
En estrellas de piedad.
Y supe que el alma es una
Sombra que piensa, no más.
¡A qué me cantan la dicha,
La gloria y la libertad!

¿No ven que me estoy muriendo
Y que no quiero sanar?

8

Entonces, sintiendo a su alma
Volver la seguridad,
Nisalmulmulk... el cuitado
Se apresura a comentar:
-Señor, palabras dijiste
Que embellecen la verdad.

Inútil seguir buscando
Quien sepa el amor cantar
Que el verdadero poeta
Del amor hallado está.
Mas el rey, con sordo acento
Responde sin ocultar
La enevitable amenaza
De una condena mortal:
-Oh visir, tampoco es eso
Lo que quisiera escuchar

*

Nisalmulmulk se prosterna
Con resignación final,
Y ante el aciago Destino
Dice con serenidad:
-Toma, señor, mi cabeza
Si eso te puede agradar,
Bien lo halla el rey, que dispone
Que el verdugo venga ya,
Y el verdugo comparece,
Dócil a su voluntad.
Sobre el cuero de la sangre
Manda al triste arrodillar,
Y blandiendo el sable espera
La seña de ejecutar.
Cuando en el hondo silencio
De aquel instante fatal
Desde un sendero remoto

Se oye una copla llegar,
Un canto de amor y pena,
Perdido en la soledad.
Algún pastor invisible
Lo iba entonando quizás.
Y aunque era fútil la copla,
Y monótono el refrán,
Qué bien que el pastor cantaba
Lo que sabía cantar.

Cata ahí que al monarca entonces
Se le ilumina la faz.
Y alzando al visir postrado,
Perdona y ordena al par:
-Ve, Nisalmulmulk, y al punto
Vuelve con ese hombre acá.

9

Así ha salvado la vida
Sisalmulmulk el capaz,
Porque al pastor de la copla
Nunca pudieran hallar.
"Conque, el visir que *buscaba,*
Tampoco volvió jamás.
Mandó escribir esta historia
Para la posteridad,
Sobre pieles de gacela,
El juicioso Abdul Hasán,
Pródigo de grana y oro
Fue el calígrafo real,
Que bien que lo merecía
Suceso tan ejemplar.
Mas, ni en ese reino persa.
Ni en todo el Afganistán,
Ni en la Armenia montañosa,
Ni en Siria, ni en el Irak,
Hubo nadie que supiese
Ni pudiese averiguar
Lo que el pastor del sendero
Cantaba en la soledad.

EL AUSENTE

Preséntanle en el salón
Una dama, la señora
De Funes, si mal no ha oído,
Joven y linda persona.

Su *tea-gown* era de aquel
Tono rosa sobre rosa
Que tanto las favorece
Cuando son frescas y monas.

El caballero hace poco
Que regresaba de Europa.
Treinta años allí ha vivido.
Cincuenta y dos tiene ahora.

Al punto en la joven dama
Algo antiguo le impresiona.
Y es la grima de pensar
Cuánto se parece a otra.

A un amor de sus veinte años
Que perdió en justa derrota,
Pues con un joven más serio
Se casó, al fin, como todas...

Tiene la misma mirada,
Y en la mejilla redonda,
Hasta el lunarcito aquel
Que pimentaba sus rosas.

Suavemente el caballero
Insinúa su congoja,
Con la reserva que sabe
Bien llevar las canas sobrias.

Perdone si un rasgo inútil
De impertinencia la asombra;
Mas la halla tan parecida
En el modo y la persona

A una niña de su tiempo
(Por cierto beldad famosa),
Una amiga que estimaba,
Pues realmente era una joya.

(En honestidad de estima
La vieja pasión asoma.)
Tula Méndez se llamaba,
Posible es que la conozca...

-Pero si habla usted con su hija...
Dice la joven de rosa;
Y el rubor y el lunarcillo
Más parecida la tornan.

La entrada de otras visitas
A punto el diálogo corta.
Que al prudente caballero
Súbita tristeza agobia.

La verdad es que a sus años
Todavía muchos logran
Labrarse dicha honorable
Con bien jóvenes esposas.

Que un mes lleva de casada
Le ha dicho su dulce boca,
Y hace un año que él debió
Regresar sin más demora.

¡Fatalidad de esos ojos
En su desdichada historia'
¡Lunarcito de las Méndez
Que la vida le desola!

Aunque se siente muy bien
Y encuentra la patria hermosa.
Dicen que anda un poco triste
Y se vuelve pronto a Europa.

ROMANCE DE LAS DOS HERMANAS
(A Samuel Glusberg)

En la alcoba oscurecida
Donde blanquean las sábanas,
Dolientes corren las horas
De la hermanita y la hermana.

La pequeña, larga y muda
Yace tendida en la cama.
Guardando la cabecera,
La mayor está sentada.

De pena enfermó la niña,
Hará pronto una semana.
Es que Juan Castro no vino,
Aquel mozo que esperaba.

Ya habían entre las dos
Cosido la ropa blanca.
Las golondrinas vinieron,
Sólo el mozo no llegaba.

Todo el mundo en el lugar
Se ocupa de la desgracia.
lndígnanse las mujeres;
Los hombres tienen más calma.

Aunque ya está bien sombría,
Se ha oscurecido la estancia.
Es la vecina que asoma
Por la entreabierta ventana.

No se le ve más que un ojo
Y el índice con que llama,
La enfermera, muy despacio,
Ha salido, dura y alta.

-Juan Castro, ánima bendita,
Ya comprende... ¡Qué desgracia!
Sin sorprenderse la escucha
Con la cara, blanca, blanca.

Ya está de nuevo en la alcoba.
La enferma, con voz pausada:
-¿Qué le dijo de Juan Castro?
-Suplica-. ¿qué dijo, hermana?

-No me habló de eso, hermanita.
De eso no me habló palabra.
Tienen que coser de apuro,
Vino a pedirme la máquina.

-¿Por qué hablan así en el patio?
¿Por qué han venido a la casa?
-De su bien se congratulan;
Como ya está mejorada...

-¿Por qué se cambió su voz?
¿Por qué está llorando, hermana?
-¡Ay, que ya no puedo más!
¡Ay, que se me parte el alma!

Dicen que Juan Castro ha muerto,
Lo traerán de mañana.
(Juntas sollozan, mezclados
Sus cabellos y sus lágrimas.)

La enferma, al cabo de un rato,
Suspira con voz quebrada:
-Me haré monja del convento,
Esta es mi última esperanza.

La otra dice: -Yo había hecho
Que la tumba prepararan.
Para que cupieran dos,
Mandé cavarla bien ancha.

«El costo no ha de perderse,
Que la obra salió muy cara.
Yo iré a acostarme con él,
Ruegue a Dios por nuestras almas

TRANCE

Me da el corazón que, acaso,
Pueda no volverla a ver.
Corazón que desvaría
Con el mucho padecer.

Te equivocas, corazón,
Pronto a verla volveré.
Detén tu golpe importuno,
No insistas así con él.

Ve que el pecho me destrozas.
Y aguantarlo no podré,
Son absurdos tus recelos,
Volverá pálida y fiel.

Pálida y fiel cual la luna
Que no deja de volver
Por sendero más oscuro
Que el de mi suerte tal vez.

Pero el corazón responde
Con sobresalto más cruel:
«¿No ves que si me detengo
Del síncope moriré?

¿No reparas que mi muerte
Será la tuya también,
Y ya no la verás nunca,
Si acaso llega a volver?»

¡Ah, corazón, en qué trance
Me has puesto con tu querer!
Si no la veo, me matas;
Si muero, no la veré...

LOS TRECE LIEDERS

1

LIED DEL PAJARO Y LA MUERTE

Gorjea en su plenitud
El pajarillo amoroso,
Y en mi pecho silencioso
Se angustia una honda inquietud.

Canta, canta, sin cesar.
Con trino tan claro y fuerte,
Que puede darse la muerte
Del exceso de cantar.

Canta. canta su pasión
Hasta morir dulce y blando...
Tú mueres mejor callando,
Valeroso corazón.

2

LIED DE LA ESTRELLA MARINA

Cierro los ojos, sereno
De hallarte más clara en mi alma,
Así como el mar en calma
Mece a la estrella en su seno.

Espejo profundo y fiel
En que palpita la estrella.
Diríase que más bella
De brillar sólo para él.

Insondable desventura
Que en su amargura creciente
Se vuelve más transparente
Con la sal de su amargura.

Yo puedo al mar, sin embargo,

Mi corazón igualar,
Que no es más constante el mar,
Más hondo ni más amargo.

3

LIED DEL TESORO ESCONDIDO

Si vienen por el tesoro
Que saben tengo escondido
Será que lo habrán creído
Formado de plata y oro.

Ya puede el recio azadón
Obstinarse en la aventura.
Nunca reinó más segura
Tu gracia en mi corazón.

4

LIED DEL AMOR VERDADERO

Pura en tu fe coma un niño,
De tu cariño estoy cierto.
Y cada noche despierto
Temblando por tu cariño.

Hacen bien cuando a la muerte
Comparan el sueño oscuro.
Amor que duerme seguro,
Puede que no se despierte.

5

LIED DE LOS OJOS AMADOS

Ojos dignos de sufrir
Por lo inmensos en querer,
Bajo el glorioso deber
De adorar hasta morir.

Ojos nunca tan amados
Como al implorar rendidos.
Ojos nunca más queridos
Que si se entregan llorados.

Pero aunque dicha sin par
Den así a mi alma doliente,
Amor, amor inclemente,
Nunca los hagas llorar.

6

LIED DE LAS MANOS AMIGAS

Delicia del corazón
Que halló para sus fatigas
Bondad de manos amigas
En tu amante compasión.

Ventura de los martirios
Que supieron aliviar...
Dulzura de ver nevar
La luna sobre los lirios...

7

LIED DEL VIENTO Y DE LA FUENTE

Sólo el viento en la enramada
Parece advertir tu ausencia.
Con plácida indiferencia
Corre la fuente callada.

Hace un poco más de frío...
Y desde que estás ausente,
No sólo corre la fuente
Bajo el ramaje sombrío.

8

LIED DE LA BOCA FLORIDA

Al ofrecerte una rosa
El jardinero prolijo,
Orgulloso de ella dijo:
«No existe otra más hermosa.»

A pesar de su color,
Su belleza y su fragancia,
Respondí con arrogancia
Yo conozco una mejor.

Sonreíste tú a mi fiero
Remoque de paladín...
Y regresó a su jardín
Cabizbajo el jardinero.

9

LIED DE LA GRACIA TRIUNFANTE

A la claridad temprana,
Se abre el lirio en el pensil.
Yo encontré algo más gentil
Que el lirio de la mañana.

Si es pura la estrella que arde
Al ponerse el cielo oscuro,
Yo adoro en algo más puro
Que la estrella de la tarde.

Cierra la sombra su broche
Can encanto misterioso.
Yo sé de algo más hermoso
Que el misterio de la noche.

Y el amor me reveló
Algo mejor todavía...
Mas todo esto es, alma mía,
Un secreto entre tú y yo.

10

LIED DE LA CIENCIA DE AMAR

Antes de hallar escondida
La miel divina en tus labios,
Pregunté en vano a los sabios
El secreto de la vida.

Tras de afanoso indagar,
Hasta que llegué a quererte,
El misterio de la muerte
Nadie me supo explicar.

Pero desde que me hiere
Sin compasión el amor,
Sé, como enfermo y doctor,
Por qué se vive y se muere.

11

LIED DEL MISTERIO GENTIL

Fiel corazón que te ves
Por tan dulce pena herido,
Guarda tu bien como el nido
Que se oculta en el ciprés.

Mulle en silencio tu nido,
Y si a cantarlo te das,
Que nadie sepa jamás
Dónde cantas escondido.

12

LIED DE LA ETERNA VENTURA

Va nuestro esquife al albor
De la feliz luna llena,
Bogando hacia la serena
Playa del Perfecto Amor.

Playa azul que debe ser
Tan misteriosa y tan bella,
Que de cuantos fueron a ella
Nadie ha querido volver.

13

LIED DEI, SECRETO DICHOSO

Corazón que bien se da,
Tiene que darse callado,
Sin que el mismo objeto amado
Llegue a saberlo quizá.

Que ni un suspiro indiscreto
Nuestros firmes labios abra.
Que la más dulce palabra
Muera en dichoso secreto.

Todo calla alrededor.
Y la noche, sobre el mundo,
Se embellece en el profundo
Misterio de nuestro amor.

LOS TRES CANTICOS

I

EL CANTICO DE LA VIDA

1

Fresca luz de la mañana
Que a la bondad nos despierta,
Como de una honrada puerta
Sale una joven temprana

Mansa luz de ojos azules
En que sueña todavía

La estrella que se ponía
Tras los grises abedules.

Luz que aclarando en belleza
El firmamento a que asoma,
Le alza en alas de paloma
La oración de la pureza.

Luz que sobre el campo umbrío
Maravillara un instante
Su desnudez de diamante
En el primor del rocío.

Luz que convida a cantar
Al pájaro y a la brisa,
Dilatando en su sonrisa
Las torvas cejas del mar.

2

Agua pura, agua que canta,
Claro espejo del Gran Todo,
Que hasta el fétido lodo
Cordial mirada levanta.

Agua amiga, agua que llora
Lavando así el alma negra;
O en las manzanas alegra
Las mejillas de la aurora.

Náyade de ojos de plata,
Que sueña en la hora salvaje,
Y palpita en el encaje
Nupcial de la catarata.

Virgen que entre los fragores
Del mismo rayo tremendo;
Va en hilos de luz tejiendo
Faja de siete colores.

Serenísima merced
En la acequia y en el pozo.
Hondo frescor de alborozo

En el ansia de la sed.

3

Viento audaz con que embandera
Su torre celeste el día,
Retemblando en la alegría
Clarín de diana guerrera.

Brisa feliz que alocada
Se aflauta en la caña verde,
Y sobre el prado se pierde
Como una cinta cortada.

Aura de las siestas solas,
Que en su delirante espejo
Dora un ensueño bermejo
De panteras y amapolas.

Chubasco que en bruscos chales
De agua oscura y niebla rota,
Sobre los campos azota
Su ala de lluvia a raudales.

Soplo que ensancha el confín
Ante el corazón resuelto,
Y avanza en el foque esbelto
La empresa del bergantín.

4

Árbol que aguanta en la viga
La solidez de la casa,
Y en el calor de la brasa
Su buen corazón prodiga.

Hierba eficaz que nos cura
Como una hermana modesta.
Noble rosa de la fiesta,
Lirio azul de la ternura.

Vigor del trigal sonoro.
Fresco beso de la guinda.

Vino de oro que nos brinda
La naranja en copa de oro.

Verdor de durable palma
Que a la amistad nos recuerda.
Tabla en que canta, la cuerda
Con la oscura voz del alma.

Fibra que recia o atroz,
En el franco puño afianza,
La fiereza de la lanza
Y el empeño de la hoz.

5

Desvarío cristalino,
Que con lírico derroche,
La copa azul de la noche
Vuelca en las perlas del trino.

Relincho en que heroica late
La arrogancia perentoria
Que abre al riesgo de la gloria
Su mañana de combate.

Remota voz de elemento
En el anhelo fecundo
Que labra al toro profundo
Con formidable lamento.

Lebrel que el rumbo endereza,
Al ladrido alegre y claro
Con que anticipa al disparo
Celebración de proeza.

Silbo del mirlo gandul
Que rechifla al búho mandria.
Claridad de la calandria
En el triunfo del azul.

6

Amor que sangra triunfal

En la rosa y la doncella.
Mensajero de la estrella,
Vencedor del bien y el mal.

Remoto idilio montés
Que certifica escondido
En la confianza del nido
La nobleza del ciprés.

Ebriedad leve y gentil
Que canta el vino y las rosas
En las teclas luminosas
De la risa juvenil.

Fatalidad de pasión
Que tuerce la sed del crimen,
Rigor de bronce en que gimen
Las entrañas del león.

Sueño que en alas de tul
Da a la esperanza su vuelo.
Ojos en que mece el cielo
La calma del mar azul.

II

EL CANTICO DE LA LUZ

1

PRELUDIO

Bien Supremo y Gracia Plena
Quiso otorgarme el amor,
Si en oro de buen dolor
Labró mi firme cadena.

La cadena merecida
Para quien, con fe segura,
Tiene su propia amargura
Por más dulce que la vida.

Pues aun con la vida sale
Bien pagada su embeleso,
Que nada vale en exceso
Cuanto cuesta lo que vale.

El trocó en feliz tesoro
Cuanto padecí por ella.
El iluminó en la estrella
Mi propia lágrima de oro.

Y desgarrando el capuz
Que esperanza y sol cubría,
Reveló a mi alma sombría
El Cántico de la Luz.

2

BIEN SUPREMO

La tarde abismando va,
Más atónitas y quietas,
Sus pupilas violetas
En la luz del más allá...

Junto al banco de la quinta,
Languidecida de otoño,
La última rosa es el moño
Sentimental de su cinta.

Y en la divina quietud,
Sin angustia y sin testigo,
Se sienta a llorar conmigo
Su pálida juventud.

Reina un silencio tan blando,
Y es tan perfecta la calma,
Que parece que en el alma
La luz se fuera callando.

Algo nuestro va a partir...
Y en la hojarasca marchita,
Se embellece una infinita
Conformidad de morir.

Evoca el alma encantada,
Esa canción vagabunda,
De belleza tan profunda
Que sólo brota llorada.

Inexplicable canción,
Deliciosa de estar triste.
Canción que quizá no existe
Para mayor perfección.

Truécase en ansia la fe.
Cual si, injustamente herido,
El corazón dolorido
Fuese a preguntar por qué...

Dolorido de ternura,
Por haber querido tanto.
Sombrío en el mismo encanto
De la alcanzada ventura.

Porque así, al dilucidar
Su lacerante dilema
Llora en la dicha suprema
Lo que no puede durar.

3

GRACIA PLENA

Luna y cielo... Paz arcana...
Y el solitario alborozo,
Pulsa un musical sollozo
En la tecla de la rana.

La rana no es más que una
Tecla en la noche estival.
Una tecla de cristal
Del piano de la luna.

Con ilusión veneciana
Difluye su hechizo blando
La luna que está sonando

En la tecla de la rana.

Y en la sensible laguna
Licua en fusión opalina
Con la tecla cristalina
Las tenues gotas de luna.

Lánguido soplo dilata
La lóbrega cabellera
Del sauce que en la ribera
Llueve sombra y llueve plata.

Y en la plácida ilusión
Que a la tibia noche alegra
Como una honda tecla negra
Palpita mi corazón.

Atónito en la fortuna
Del dulce bien conseguido,
El también goza, escondido,
La quimera de la luna.

Cristalizándose más,
La tecla su tiple aclara;
Y él en su delicia avara
Palpita al mismo compás.

Delicia que embarga el ser,
Hasta alcanzar su belleza
La perfección de pureza
De lo que va a padecer.

No angustia el alma un pesar..
y con ansia misteriosa,
El alma, por fin dichosa,
Se pone, muda, a llorar.

4

EL CANTICO

1

La ilusión

Suena el alba. En sus pupilas Van desfalleciendo estrellas.
Y el desmayo en torno de ellas Profundiza ojeras lilas.

2

La anunciación

Altísimo rompe el trino
De la calandria que augura
A la inmensidad oscura
La paz del azul divino.

Gorjea ebria de alegría,
Y parece que la noche
Fuera a hundirse en el derroche
De su clara pedrería.

3

Luz y sombra

Bajo el alba que lo asombra,
El murciélago, en su trapo,
Arrastra un convulso harapo
De pesadilla en la sombra.

Echando desde el alero
Su hilo audaz al infinito,
Se abre en un cortante grito
La golondrina de acero.

Y la noche se ilumina
Con lívidos pincelazos,
Tijereteada a retazos
Oblicuos de golondrina.

2

La frescura

Canta el agua matinal

En la estridente roldana.
Con sordo eco de campana,
Choca el balde en el brocal.

Las gotas que enciende el día
De oro y límpidos añiles,
Ríen en perlas pueriles
El cristal de mi alegría.

En la pareja tensión
Del brazo y la cuerda ruda,
Canta la fuerza desnuda
Del sincero corazón.

Y al son del cubo que, blando,
La mece como una estrella,
El agua es clara doncella
Que se despierta cantando.

3

El esplendor

Inflamado de arrebol,
Riza el ámbito sonoro
El largo relincho de oro
De los corceles del sol.

Con desenfrenado brío
Vuelcan de cervices y ancas
La crin de las nubes blancas
Enjoyada de rocío.

Y alborotando la cría
De la cuadriga piafante
Exalta la luz triunfante
Su prorrupción de clarín.

Con ardor que audaz proclama
La gloria de su serrallo,
Se erige el canto del gallo
Como una sonora llama.

Y con sanguinario afán,
Allá en la cumbre remota,
Se inquieta el sol en la gota
Del ojo del gavilán.

4

La quietud

El mediodía estival,
Que ni un espejismo riza,
En rubia luz cristaliza
Como un diáfano panal

La tibieza huele a miel;
Y como una abeja de oro,
Vibra el silencio sonoro
Con ligero desnivel.

Sueña tras pálido tul
El ciprés meditabundo,
Algo tan bello y profundo
Que el árbol se pone azul.

La calma está por cantar...
Y en su hondo seno suspensa,
El cielo abisma una inmensa
Mirada azul en el mar.

5

La hermosura

Cual generosa granada,
Brecha de oro abre la tarde,
Que lánguidamente arde
En rubíes desangrada.

Arrullan con suave anhelo,
En que el mismo ardor le exprese
Las palomas que regresan
Como empapadas de cielo.

Y ahogada en su propio aroma.
Su embriagador embeleso
Le embebe en profundo beso
De apasionada paloma.

6

La armonía

Tras los finos abedules
Abre la noche callada
Con atónita mirada
Sus lentos ojos azules.

Y en su seno ya dormida
La pálida luz se agota,
Murmurando la remota
Canción de la despedida.

7

El silencio

Cruza un suspiro ligero...
Y desde la sombra en calma,
Se diviniza en el alma
La soledad del lucero.

III

EL CANTICO DE LA DICHA

1

Allegro

Estoy glorioso de amor
Como un pájaro dorado
Que gorjea enajenado
Sobre un limonero en flor.

Tienden al sol matinal

Labios más frescos las rosas,
Inmoladas como esposas
A la delicia nupcial.

Cierne el azul leve tul...
Y pienso en la Bien Amada,
Tan lleno de su mirada
Que todo lo veo azul.

¡Ni qué más podría ver
Que cielo, si pienso en ella!
Voy en la luz de una estrella,
Ciego de resplandecer.

Qué fragante está el jardín,
Qué límpido el cielo en calma.
Albricias, albricias, alma,
Que el amor se apiadó al fin.

2

Adagio

Ah, qué gloria, corazón,
La gloria de merecerla,
Habiendo hallado en la perla
Suavidad de compasión.

Qué gloria la de querer,
Todavía un poco triste
De tanto que padeciste
Para hacerte comprender.

Llora, dichoso y sombrío,
Tus lágrimas sin reproche,
Como en lo hondo de la noche
Brota más claro el rocío.

Llora, pues tanto lloraste,
Que ya es para ti el consuelo
Cual la sombra que del cielo
Saca la estrella en contraste.

Llórale tu propio encanto,
Que ella también, sin sonrojos.
Supo entregarte sus ojos
En la intimidad del llanto.

Así, rindiéndole en prenda
Lo mejor de tu tesoro,
Serás el pájaro de oro
De su dorada leyenda.

Y sin fin le cantarás
Con sencillez de jilguero:
Te quiero, te quiero y quiero,
Te quiero, te quiero más...

3

Andante

Mi regocijo, alma mía,
Se vuelve azul, de profundo.
Cómo no comprende el mundo
Lo inmenso de mi alegría.

Mas yo tampoco le pido,
A su gloria indiferente,
Para mi dicha de ausente,
Sino la paz de su olvido.

Así el canto que adereza
El pájaro en la espesura,
Se perfecciona en la pura
Soledad de su belleza.

Soledad de amar, tan clara;
Firmeza de amar, tan noble.
Como la sombra del roble
Que en su fresca fuerza ampara.

Feliz soledad de amar...
Y abriéndose a mejor suerte,
El abismo de la muerte
Bello y grave como el mar.

Pues el destino mejor,
Como galardón recibe
Todo aquel que amando vive,
Si llega a morir de amor.

4

Allegretto

¡Ah corazón!, qué delicia
Sangrar como la granada,
En brindis triunfal quebrada
La copa de la primicia.

Noble vino de rubí,
En que, con jovial apego,
Las mejillas de oro y fuego
De la granada exprimí.

Así quedé, ¡oh dicha suma!,
Tan lleno de su fragancia,
Que mi valiente constancia
Como el sándalo perfuma.

Así, en la gracia ya cierta
De los dones sobrehumanos,
La caridad de sus manos
Es como la rosa abierta.

Y embellecido mi ser,
Hasta en sus leves enojos,
Lo que ya he visto en sus ojos
Nadie lo ha podido ver.

En su sombra la quietud
En que a adorar me consagro
Bajo el perpetuo milagro
Que evoca su juventud.

Y si llega a sonreír...
(Pero su boca es tan bella,
Que el bien que recogí en ella

No lo quiero ya decir.)

5

Scherzo

Calla, calla, corazón,
El exceso de tu arrobo,
Que andan el búho y el lobo,
Y es aviesa su intención.

Mira que apenas se marcha
Con su pavor el invierno;
Que está demasiado tierno
Y aun puede morder la escarcha.

Cela tu flor primeriza,
Y toma el son de la gota
Que en la caverna remota
Cantando se profundiza...

6

Allegro con brío

Pero ya tu hondo embeleso
Con trino más franco ríes,
Derramando tus rubíes
De granada abierta en beso.

Qué te importa de la vida,
De la muerte y de la fama,
Ni qué de la endeble rama
Si se rompe de florida.

Ni del hechizo sutil
Que en loco azul te atolondra,
Si todo el cielo tu alondra
Te abre en sus alas, gentil.

Así tu alegría audaz
Contra el riesgo se encapricha,
Que el infierno de la dicha

Vale dos cielos de paz.

Canta, que eso es tu razón;
Sucumbe agotado en flores.
Canta, canta tus amores
Hasta morir, corazón.

FIN DEL «ROMANCERO»

Edición digital Revista literaria Katharsis
http:// www.revistakatharsis.org/

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008